

éxito, porque nos faltaron todos; pero siempre terminó la administración Zuloaga, y ocupó la Presidencia, á los pocos días, el General D. Miguel Miramón, con lo que concluyó; y yo volví al Supremo Tribunal de la Guerra.

En dicho respetable cuerpo, y creo que cumpliendo con los sagrados deberes de mi encargo, permanecí hasta el día 24 de diciembre de 1860, que los constitucionalistas ocuparon la Capital, después de la desgraciada batalla de Calpulalpan.

CAPITULO XII.

1856-1863.

SE LE DA DE BAJA EN EL EJERCITO.—INTENTA UNIRSE A LOS CONSERVADORES PRONUNCIADOS.—SE LE DEVUELVE SU GRADO.—SALAS Y ALMONTE NO LO PROTEGEN.

El famoso decreto del 29 de diciembre, expedido por el jefe de las fuerzas triunfantes, en que dió de baja al Ejército Permanente, privándonos hasta de las condecoraciones ganadas en el campo de batalla desde la Independencia hasta aquella fecha, me volvió á la vida privada.

Yo, á pesar de los pocos recursos y de los eminentes y positivos riesgos del camino, en los que muchos perecieron á manos de las partidas de ladrones ó liberales, que es lo mismo, hubiera intentado unirme con los que defendían la reacción; pero temores muy justamente fundados, por una parte, de que me sucediera lo que en Puebla, cuando el pronunciamiento del Sr. Haro en 1856, que los Sres. Generales que allí mandaban no permitieron que se diera colocación á ninguno de los Sres. Generales, jefes ni oficiales que fuimos de la Capital, ni un solo peso, para lo cual levantaron una acta; y por otra, no verme en la necesidad de alternar con algunos que por, sus depredaciones

cometidas en los pueblos y haciendas, se igualaban en conducta á los bandidos llamados liberales, no me decidí á dar este paso. Sin embargo, escribí á mi amigo el Sr. General D. José Ignacio Gutiérrez, hijo, en marzo de 1862, á Chignahuapan, que era el lugar donde se hallaba, desde la ciudad de Guadalupe, para que aproximase una fuerza á fin de proteger la marcha de un General y cinco ó seis jefes que nos hallábamos en aquel punto y pensábamos reunirnos con él; pero cuando llegó el enviado, ya el Sr. Gutiérrez había marchado para Orizaba á unirse con el Sr. (General Leonardo) Márquez.

Después, he permanecido y aun permanezco en Guadalupe, sin que en el nuevo orden de cosas se me haya tenido presente para nada, á pesar de que, aunque tengo sesenta y cinco años de edad, cincuenta y dos de buenos y positivos servicios, sin una nota siquiera en mi hoja, y diez y nueve y medio años de Coronel, estoy en disposición de servir en lo que el Supremo Gobierno se dignase ocuparme.

.....

.....

Establecida la Regencia del Imperio por nombramiento de la Junta de Notables, me fué devuelto mi empleo de Coronel de Caballería permanente, de que injustamente se me había despojado por el inicuo é impolítico decreto de 29 de diciembre de 1860, que dió de baja al Ejército permanente.

Como la elección de miembros de la Regencia

recayese en los Exmos. Sres Generales de División D. Juan Nepomuceno Almonte y D. José Mariano de Salas, personas con quien de muchos años atrás me ligaban relaciones de amistad y á quienes había hecho servicios personales, creí muy justamente que estos Sres., así como lo habían hecho con otros muchos y aún con los que han servido en las filas de los liberales, me colocarían en algún destino análogo á mi clase y circunstancias particulares y me sacarían del estado de miseria á que se hallan reducidos todos los individuos del depósito, que está bajo las órdenes, indebidamente, del Sr. General graduado, Coronel retirado D. Enrique de Grimaret, siquiera por una decente gratitud. Pero, desgraciadamente para mí, ha sucedido lo contrario, pues principalmente el Sr. Salas ha rechazado cuantas propuestas ha hecho para mi colocación mi buen amigo el Sr. General de Brigada, Inspector General de Caballería, D. Miguel Andrade, hasta el extremo de decirle que no me proponga para nada. Por más que se ha fatigado mi imaginación, no he podido encontrar el origen de esta animadversión, pues yo al Sr. Salas no he hecho jamás otra cosa que darle muy repetidas pruebas de afecto, de cariño y de respeto, cuando su posición era diametralmente opuesta á la mía.

Muchas veces he hablado con el Sr. Salas; le he manifestado con franqueza y aún con confianza mi penosa posición; le he suplicado que me colocase donde tuviera siquiera las dos terceras partes de mi sueldo, para hacer mi existencia menos penosa,

como lo ha hecho con otros muchos. Siempre sus palabras han sido afectuosas; pero los hechos las han desmentido. Vuelvo á repetir que no puedo concebir la causa de esta extraña conducta del Sr. Salas para conmigo.

Respecto al Sr. Almonte, con quien, muchos años hace, he tenido también amistad y á quien he hecho algunos favores personales, lo mismo que á algunos individuos de su familia, en los últimos tiempos pasados, ha visto con indiferencia mi situación, que le es bien conocida, á pesar de las indicaciones de algunos de mis amigos; pero al fin, yo no he hablado á este Sr., aunque lo he visto algunas ocasiones con el objeto de que me la mejorase; y permanezco en el depósito, lleno de miseria, á los cincuenta y tres años de buenos servicios, y á los veintiuno de Coronel, sin nota alguna en mi conducta militar ni civil.

CAPITULO XIII.

1864.

REGRESO DE SANTA ANNA.—BAZAINÉ MANDA EXPULSAR AL EX-DICTADOR.—SERVICIOS DE GIMENEZ EN ESTA OCASION.—EMBARQUE DE SANTA ANNA.—GIMENEZ REGRESA A GUADALUPE HIDALGO. ¹

En principios de febrero de 1864, se recibió en México, por varios conductos fidedignos, la para mí fausta noticia de que el Exmo. Sr. General Santa Anna llegaría al puerto de Veracruz, procedente de la isla de San Thomas, en el paquete inglés de aquel mes.

Cerciorado de la certeza, me presenté al Exmo. Sr. General Almonte, Presidente de la Regencia, en solicitud de que me concediese permiso para pasar á aquel puerto, y auxilios pecuniarios para emprender el viaje, en razón á mi antigua amistad y gratitud hacia el Sr. Santa Anna. El Sr. Almonte me concedió el permiso y me mandó dar cincuenta pesos para el viaje, cantidad en verdad bien corta, pues los gastos precisos de México á Veracruz, en la diligencia, no bajan de ochenta pesos.

¹ Sobre las materias de este cap., véase el XVIII del tomo II de esta colección y también los tomos XVII y XVIII de la misma.

Haciendo algunos sacrificios, reuní lo suficiente para el viaje de ida. El día 17, estaba yo listo para marchar; pero las diligencias estaban tomadas por entero por los muchos pasajeros que bajaban á embarcarse en el paquete inglés, á su regreso para Europa. Por más diligencias que hice, no pude emprender mi viaje hasta el domingo 28 de febrero, habiendo llegado á Veracruz, sin novedad alguna en el camino, el martes 2 de marzo, á las nueve de la mañana.

Apenas me mudé la ropa del camino, pasé á la casa que ocupaba el Sr. Santa Anna en la calle de las Damas, de la propiedad del Sr. D. José Ignacio Esteva, pues S. E. había desembarcado á las cinco de la tarde del día 27, después de haber firmado á bordo del paquete inglés su adhesión á la Intervención Francesa y al Imperio.¹

Encontré al Sr. Santa Anna, quien tuvo la bondad de recibirme muy afectuosamente en el comedor, almorzando en unión de la Sra. su esposa y desuhijo el Sr. Coronel D. Angel, que habían venido con él, y de los Sres. General D. Manuel María Gil, D. Francisco de Paula Mora y D. Miguel Mosso, que me habían precedido desde México. Se entabló una conversación general hasta las dos de la tarde, en que la Sra. su esposa de S. E. emprendió su viaje para México en una diligencia particular, acompañada de los Sres. General Gil y del Sr. Mosso. En consecuencia, nos queda-

¹ Véase en las págs. 57 y 58 del tomo XVIII de esta colección.

mos con el Sr. Santa Anna su hijo D. Angel, el Sr. Mora y yo.

A consecuencia de los alimentos de á bordo, fué atacado el Sr. Santa Anna, el día 3, de un principio de disentería, cuya ocurrencia nos puso en mucho cuidado; pero debido á su muy robusta naturaleza, al cuidado que se tuvo con él y á un ligero purgante que se le administró, el día 9 estaba completamente restablecido, aunque en un estado de bastante debilidad. Sin embargo de esto, pocas veces he visto al Sr. Santa Anna más complaciente ni de mejor humor que en los últimos días de su permanencia en Veracruz. Sus conversaciones eran amenas, y se prometía las mayores venturas para el país en el reinado de S. M. I. Fernando Maximiliano, cuya llegada ansiaba de corazón.

Pasaba los días en el mayor contento al lado del Sr. Santa Anna, á quien he profesado una verdadera amistad, no alterada jamás, desde el 5 de diciembre de 1838, en que juntos vertimos nuestra sangre en defensa de la Independencia de México, hasta la mañana del 12 de marzo del presente año, en que, hallándonos de sobre-mesa en el comedor y contestando cartas S. E., su hijo D. Angel, el Sr. Mora y yo, serían las diez de la mañana, cuando sentimos subir por la escalera alguna gente. Salí al portón á recibirlos para conducirlos á la sala, y ya había penetrado hasta la antesala un jefe francés, dos oficiales y un paisano. Los conduje hasta la sala, los hice tomar asiento y dirigiéndome al jefe, le pregunté el objeto de

su visita; éste me contestó que tenía que entregar un pliego que acababa de recibir, en manos del Sr. General Santa Anna.

Entonces salí y avisé á S. E., quien á pocos momentos se presentó y recibió el pliego de manos del jefe, que lo era un Comandante de Batallón, Jefe Superior de la Plaza. El Sr. Santa Anna abrió el pliego, y viendo que estaba escrito en francés, me lo entregó para que se lo tradujese al castellano. Yo lo hice, y el contenido era el siguiente: ¹

Imposible me sería descifrar la emoción que sentí, al traducir el tercer párrafo de la comunicación que antecede: fué tal, que, no pudiendo continuar, alargué el papel al intérprete que había traído el Comandante Superior, quien acabó de traducirla al Sr. Santa Anna. Yo quedé mudo y dirigí la vista al Sr. Mora, que se hallaba presente, el cual estaba como un cadáver. ¡Tal fué la impresión que hizo en nosotros el inesperado y fatal contenido de aquella orden de destierro!

El Sr. Santa Anna, sin inmutarse en su semblante ni alterar su voz, dirigiéndose ya al intérprete, le dijo: "Aquí hay una grave equivocación. Yo puedo probar que no he tenido parte alguna en la publicación que se ha hecho de mi manifiesto en Orizaba; esto ha sido una oficiosidad de mis amigos, y creo que no debe imponérseme la atroz pena de destierro por un hecho en que no he tenido parte alguna. Yo haré presente esto al Sr. General en Jefe del Ejército Franco-Mexicano;

¹ Véase en el n.º II del Apéndice del tomo II de esta colección.

dígalo U. así al Sr. Comandante Superior que está presente."

El intérprete transmitió la contestación del Sr. Santa Anna al Comandante Superior, y éste, dirigiéndose á mí, me dijo: "Sr., U. sin duda es militar y sabe muy bien que á los inferiores no nos toca otra cosa que obedecer ciegamente, sin alterar ni interpretar, las órdenes de nuestros superiores. Yo siento demasiado ser ejecutor de ésta. El Sr. General tendrá razón; pero yo debo conducirlo á bordo al instante." Yo le contesté: "Sr. Comandante, el Sr. General ha estado enfermo cuatro días en cama, y sólo hace dos que se levantó de ella; se halla en estado muy débil. Además, su equipaje está fuera de sus baúles, pues debía permanecer aquí hasta la llegada de S. M. I Maximiliano, á quien debía acompañar hasta la Capital del Imperio. Es indispensable que le dé U. algún tiempo para arreglar su equipaje y que pueda llevarlo consigo, lo mismo que el del Sr. su hijo: esto es justo, indispensable, y U. no puede negarse á ello."

El Comandante Superior, que lo era el Comandante de Batallón Mr. H. Maréchal, quedó callado algunos momentos, y al cabo de ellos me dijo: "Sr., yo debía conducir al Sr. General á bordo en este momento; pero atendiendo á lo que U. me manifiesta, daré de término hasta las cuatro de la tarde [eran las diez de la mañana], hora en que yo mismo vendré por el Sr. General para llevarlo. En el muelle se encontrarán dos botes franceses, uno para que

vaya el Sr. General, y otro para que conduzca su equipaje; pero prevengo á U. que, si de aquí á aquella hora, hay algún movimiento en la población, ó se altera lo más mínimo la tranquilidad pública, porque Us. externen esta disposición, yo tomaré muy fuertes providencias." Yo le contesté: "Sr. Comandante, no tema U. que ni por parte del Exmo. Sr. General, ni por la de los que tenemos la honra de estar á su lado, se dé el menor paso para que se altere la tranquilidad pública." "Muy bien, Sr.," me contestó, y dando la mano afectuosamente, y aún con alguna emoción, al Exmo. Sr. General Santa Anna, se retiró con su Ayudante y el intérprete, acompañándolos yo hasta la escalera

El Sr. Santa Anna mandó á su hijo y á sus criados que alistasen inmediatamente el equipaje, y marchó al comedor á escribir. Aunque atónitos y no vueltos de la sorpresa que nos había causado tan imprevista como desagradable ocurrencia, nos dirigimos á S. E. el Sr. Mora y yo, y le dijimos que si no había entendido bien lo que se le había hecho firmar á bordo del paquete inglés "Conway." S. E. nos contestó que la traducción había sido muy mala y que no recordaba haber oído en dicha traducción nada concerniente á que no escribiese ni hablase. Entonces le preguntamos si no le habían dado una copia del acta que había firmado antes de bajar á tierra, y nos contestó que no. Le hicimos presente lo indispensable que era que tuviese copia de aquel importante documento, como

base de la providencia tomada por el General Bazaine. Al momento se dirigió á mí y me mandó que fuera de su parte al alojamiento del Comandante Superior y le pidiese la copia mencionada.

Marché inmediatamente á la casa del expresado Comandante; le pasé una tarjeta, en que estaba mi nombre y emp(1)eo, por medio de un criado, y á pesar de estar almorzando, me recibió en el comedor. Entré, me habló con afabilidad y le hice presente el pedido del Sr. General Santa Anna, de la copia autorizada del acta que había firmado S. E. á bordo del paquete inglés antes de desembarcarse. Me contestó que creía justa la petición de S. E. y que se la llevaría él mismo en la tarde, cuando fuera por el Sr. General para conducirlo á bordo; añadiéndome que tenía fuertes afecciones por el Sr. Santa Anna; que su corazón era suyo, porque conocía todos sus honrosos antecedentes; pero que no le era permitido alternar en lo más mínimo las órdenes terminantes que había recibido acerca de él. Me despedí, dándole las gracias por su aquiescencia, y me volví á la presencia del Exmo. Sr. General Santa Anna.

En el tránsito encontré (á) varios amigos, y aún conocidos, que, noticiosos ya del acontecimiento, me preguntaron si era cierto. Yo contesté á todos que nada sabía; que no había estado en la mañana todavía en la casa del Sr. Santa Anna, y los dejé en la misma incertidumbre; pero á aquella hora, la noticia del destierro de S. E. circulaba ya por toda la ciudad con un general sentimiento.

El Sr. Santa Anna estaba ocupado en contestar al Sr. General Bazaine la comunicación que acababa de recibir, y terminado que hubo, nos mandó sacar copia de ella á su hijo D. Angel, al Sr. Mora y á mí. Así lo hicimos, y su contenido era el siguiente. ¹

El manifiesto que dió lugar á este escandaloso procedimiento está concebido en los términos siguientes: ²

Este manifiesto no se hubiera publicado si yo hubiera podido estar en Veracruz antes del 27 de febrero, porque yo hubiera referido al Sr. Santa Anna, que siempre me ha escuchado, porque jamás lo he adulado, y no ha oído de mis labios más que la verdad en todos tiempos, la conversación que tuve en el Ministerio de Relaciones Exteriores con el Exmo. Sr. Subsecretario D. José Miguel Arroyo, al despedirme amistosamente de él para marchar á Veracruz, en la que, entre otras cosas, me dijo estas terminantes palabras: "Si Us., los amigos del General Santa Anna, á su llegada á Veracruz, le hacen ovaciones públicas, ó él publica alguna cosa, como proclama ó manifiesto, el General Bazaine, por medio de una orden, lo hará reembarcar inmediatamente, pues Santa Anna no viene hoy á mandar, ni á hacer lo que se le dé su gana, sino á obedecer."

Esto se lo hice yo presente al Exmo. Sr. General Santa Anna en el momento de mi vista con él

¹ Véase en el n.º III del Apéndice del tomo II de esta colección.

² Véase en el n.º I del Apéndice del tomo II de esta colección.

á las once de la mañana del día 2 de marzo; mas ya no era tiempo, pues había dado la copia de su manifiesto desde el día 28 á la persona que gratuitamente lo mandó imprimir en Orizaba y que tantos males ha causado en S. E. y á sus verdaderos amigos. Mas ya esto no tiene remedio.

Yo le supliqué encarecidamente y con mil ruegos que me llevara consigo; S. E. me contestó que no lo habían de permitir, porque la orden no designaba más que á él y á su hijo; que, por otra parte, él necesitaba de sus buenos amigos en México.

A la una del día, almorzamos, y conservó su tranquilidad y buen humor, sin proferir la menor queja. Después del almuerzo escribió á la Sra. su esposa y activó él mismo el arreglo de su equipaje; á las tres de la tarde, ya estaba listo para embarcarse. A esta hora trajeron la correspondencia del correo de México, que acababa de llegar. Entre varias cartas, recibió una comunicación oficial de la Exma. Regencia del Imperio, firmada por el Sr. Subsecretario de la Guerra, D. Juan de Dios Peza, en que se le felicitaba por su regreso á la patria del modo más cordial; esta comunicación tenía la fecha del 9 de marzo, esto es, dos días después de expedida la orden para su destierro.

Dieron las cuatro de la tarde; á pocos momentos, se presentó el Comandante Superior para conducir á S. E. al muelle. El Sr. Santa Anna le entregó la contestación cerrada para el Sr. General Bazai-

¹ Véase la pieza XII del tomo XVIII de esta colección

ne, encargándole le diera dirección lo más pronto posible; así lo ofreció el Comandante Superior.

D. Angel marchó con los equipajes y un criado para aquel punto, y el Sr. General Santa Anna, el Comandante Superior, el Sr. D. Manuel Serrano, antiguo amigo de S. E., y yo bajamos las escaleras de la casa que había sido su habitación y nos dirigimos al muelle. El Sr. Mora se ocultó, sin duda por no tener la suficiente presencia de ánimo para presenciar escena tan desagradable. Yo hubiera hecho lo mismo, porque mi corazón estaba destrozado; ¿pero quién acompañaba entonces (á) aquella ilustre víctima? Salimos á la calle, y tomó la derecha de la acera el Comandante Superior; yo, entonces, que iba detrás de S. E., me adelanté y ocupé su izquierda para que quedase colocado en medio. Alguna gente decente nos seguía á corta distancia.

Al Comandante Superior se le había olvidado, encima de su bufete, sin firmar, la copia del acta que había firmado el Sr. Santa Anna á bordo del paquete inglés antes de desembarcarse, el 27 de febrero en la tarde, y que el Comandante Superior me había ofrecido entregarle. Con este motivo, mandó á un Ayudante suyo que fuera á buscarla á su casa, y continuamos el camino más despacio. Llegamos á la plaza del muelle, y el inmenso gentío que había en ella, pues estaban despachando los vistas de la Aduana, todos se acercaron á ver á S. E.

En estos momentos se presentó el cartero del correo y le entregó una carta que decía el Adminis-

trador del Correo que la acababa de recibir por el extraordinario que había traído la correspondencia para el paquete francés. El Sr. Santa Anna se paró; abrió la carta, que era del Exmo. Sr. General Almonte, fecha 9 de marzo, en que lo felicitaba muy cordialmente por su arribo á la patria, le deseaba que permaneciese en Veracruz hasta la llegada de S. M. el Emperador, y que, con respecto á la copia del manifiesto que le había remitido, no creía que era oportuna su impresión ni publicación en estos momentos; que tal vez podría convenir más adelante. El Sr. Santa Anna me dió la carta para que se la tradujese al Comandante Superior, como lo hice; y éste, después de haberla oído, nos dijo al Sr. D. Manuel Serrano y á mí: "El Sr. General creo que haría muy bien en mandar á México un parte telegráfico," añadiéndonos: "Yo no puedo comprender cómo la orden para que se embarcase el Sr. General tiene fecha 7, y ésta, tan satisfactoria, la tiene del 9, esto es, dos días después." El Sr. Serrano y yo transmitimos al Sr. Santa Anna la idea del Comandante Superior, del parte telegráfico. Le pareció muy bien; pero nos dijo que después de tener en la noche una entrevista con el Almirante de la Escuadra Francesa, á bordo de su buque, donde creía se le conducía, que al día siguiente dirigiría el parte telegráfico á México. Vino el Ayudante del Comandante con la copia del acta, y firmándola éste en la Capitania del Puerto, se la entregó al Sr. Santa Anna, quien la puso en el bolsillo.

Envueltos en un inmenso gentío de todas clases, pero principalmente decentes, llegamos á la primera escala del muelle, por el rumbo del Sur. Ya atracado á ella, se hallaba un bote de guerra francés sin bandera, montado por ocho remeros y un ayudante. Se acercó S. E. á la escala; allí lo abracé por última vez y le rogué nuevamente que me llevase consigo, obteniendo el permiso del Almirante. S. E. me estrechó en sus brazos y me dijo: "En México necesito (á) mis buenos amigos; pero le encargo á U muy particularmente que escriba U. cuanto ha pasado hoy, sin omitir la menor circunstancia. ¡Adios!"

El Coronel D. Angel López de Santa Anna, mi verdadero amigo, que, habiendo ya embarcado los equipajes en otro bote de guerra francés que se hallaba en la segunda escala al efecto, y que vino para acompañar á su padre, me ofreció manifestarle á S. E., en la noche, lo conveniente que le sería el llevarme consigo; y que, obtenido el permiso del Almirante, por la mañana me avisaría desde Sacrificias.

Di el último adiós al Exmo. Sr. General Santa Anna y (á) su hijo D. Angel, sentados ya en el bote, el que, botando los remos al agua, se alejó de la escala; á poco trecho se hallaba una lancha de vapor, la que tomando á remolque los botes que conducían al Sr. General Santa Anna y á su equipaje, se dirigieron al fondeadero de Sacrificios.

El Sr. Santa Anna, en lugar de ser conducido al buque capitana, que montaba el Sr. Almirante, y

tener una conferencia con éste, según se le había dicho por el Comandante Superior de la plaza, lo fué á bordo de la corbeta de vapor "Colbert," cuyo buque, apenas había recibido á S. E., ya encendida su máquina, salió para la mar á las ocho de la noche.

Es justo hacer aquí mención de que, al saber algunas partidas de gente insurrecta, de las orillas de Veracruz, la llegada del Exmo. Sr. General Santa Anna, depusieron las armas y se retiraron á su casa á la vida pacífica. La sola permanencia de S. E. en el puerto, hubiera sido suficiente para pacificar toda la tierra caliente, y el Sr. Santa Anna había ya comenzado á dar paso al efecto, siendo yo testigo presencial de ello.

Muchas y muy marcadas reflexiones pudiera hacer sobre este grave acontecimiento y las particulares circunstancias ocurridas en él; pero á mi exclusiva misión de simple narrador de los hechos que pasaron, según se dignó encargármelo el Exmo. Sr. General Santa Anna, no toca otra cosa que referirlos con la veracidad que acontecieron. A otras plumas mejor cortadas que la mía, corresponde hacerlas y manifestar con franqueza el origen y la verdadera causa de él, que también á mí me es bien conocida.

Cinco días después de esto, el 17 de marzo, salimos el Sr. Mora y yo para México, en la diligencia, adonde llegamos el 20 á las seis y media de la tarde, sin haber tenido novedad alguna en el camino.

Inmediatamente tomé un coche en México y me dirigí con mi equipaje á la ciudad de Guadalupe Hidalgo, punto de mi residencia, donde llegué á las siete y media de la noche, y permanezco en él evitando en lo posible las contestaciones que pudieran originarse y que en las actuales circunstancias pudieran perjudicarme.

CAPITULO XIV.

1864.

LLEGADA DE MAXIMILIANO Y CARLOTA. — GIMENEZ SIENTE HONDA SIMPATIA POR ELLOS — SOLICITA AUDIENCIA DEL ARCHIDUQUE. — TRAMITES PARA ESTA. — DESCRIPCION DE UN ALABARDERO. — ENTREVISTA CON MAXIMILIANO.

Por el paquete francés de San Nazario, del mes de mayo, se recibió la noticia oficial de haber aceptado el Archiduque de Austria D. Fernando Maximiliano la corona del Imperio de México, y varios decretos del ya Emperador, siendo el más notable la cesación de la Regencia y nombrando al General D. Juan Nepomuceno Almonte Lugarteniente del Imperio hasta la llegada de S. M.; también trajo la noticia del embarque del Emperador, cuyas nuevas llenaron de contento el trabajado corazón de los buenos mexicanos, que, cansados de medio siglo de luchas y desgracias domésticas, veíamos en S. M. el iris de paz y el salvador de nuestra cara Independencia.

El 28 de mayo, llegó (sic por *llegaron*) S. M. y su augusta esposa á las playas mexicanas, en la rada de Veracruz. El 29, desembarcaron, y en una continuada ovación, siguieron su marcha hasta la Capital de su Imperio.